

Palabras al rescate

MI ENCUENTRO CON PESSOA

Acabo de regresar de un viaje de negocios a Lisboa y me he encontrado con la extraordinaria narración del poeta chileno Hernán Lavín Cerda titulada *Apariciones de Fernando Pessoa en aquel viaje a Sintra*, publicada en el número de febrero de la *Revista de la Universidad de México* y me gustaría compartir con sus lectores la extraña experiencia que yo tuve y que nos llevará, creo, a la conclusión perturbadora de que Fernando sigue vivo entre nosotros.

No es un secreto que el poeta portugués cultivó una extraña fascinación por el ocultismo y la alquimia. Así lo atestiguan algunos de los poemas escritos por Pessoa *lui même* o por alguno de los poetas que componen la constelación esquizoide compuesta por sus heterónimos. En una carta dirigida a su amigo Adolfo Casais Monteiro fechada el 13 de enero de 1935, es decir, unos cuantos meses antes de su muerte aparente, apunta el poeta:

Hay tres caminos hacia lo oculto: el camino mágico, camino éste extremadamente peligroso en todos los sentidos; el camino místico que no tiene propiamente peligros, pero que resulta incierto y lento; y el que se llama camino alquímico, el más difícil y el más perfecto de todos porque involucra una transmutación de la propia personalidad que la prepara...

Tengo para mí que Fernando Pessoa, de algún modo secreto, logró recorrer el camino alquímico y que hoy sigue existiendo como presencia real por fuera y por dentro. Valga mi experiencia como prueba:

El 30 de enero pasado ni bien arribé a Lisboa, me dirigí a la casa donde murió

Fernando Pessoa ubicada en la zona de Ourique, muy cerca del alucinante parque de la *Estrela*, y que hoy es una especie de casa de cultura. Ahí se preservan, entre otras cosas, la máquina de escribir de Pessoa, una cómoda que alguna vez le perteneció y, por supuesto, su biblioteca, que no fue ni con mucho la abundante colección de un erudito aburrido, sino una muy selecta colección de libros como corresponde a un poeta, entre los cuales, por supuesto, había múltiples volúmenes sobre los rosacruces, el espiritismo, la masonería y otros temas relacionados con lo oculto.

En cuanto salí de ahí y comencé a caminar por las estrechas callejuelas en dirección a la estación del tranvía, sentí que alguien me seguía. Pocas cosas en el mundo pueden compararse con los atardeceres de Lisboa. La luz parece distinguir muy bien qué zonas deben quedarse siempre en la penumbra y cuáles han de ser iluminadas, de modo que el contraste entre luz y sombra adquiere el dramatismo de un escenario preparado para la aparición de los fantasmas.

Subí a un vetusto tranvía amarillo del tiempo de nuestros abuelos. Tras de mí, como una sombra subió un hombre vestido con una gabardina, sombrero de fieltro, lentes de carey, corbata de pajarita y un bigotito chaplinesco. Colgaba de su brazo una sombrilla negra como un flamenco muerto. Era Fernando Pessoa, no podía ser otra persona. Sentí miedo cuando se sentó junto a mí. Olía a tabaco y a alcohol. Quise preguntarle cuál había sido su secreto, cómo había logrado sobrevivir a su propia muerte, pero preferí guardar un temeroso silencio. Atravesar la delgada línea que nos separa de los fantasmas puede ser muy peligroso.

Descendimos en la terminal de la *Praça do Comércio*. Con pasos rápidos Pessoa se di-

rigió al famoso café restaurante *Ma rinho da Arcada*, donde por cierto se comen las mejores almejas que he comido en mi vida. Esta vez fui yo el perseguidor. Cuando entré ahí estaba sentado en una mesa cuidadosamente oculta en un pequeño rincón junto a un pilar. Logré sentarme cerca de él. Saqué mi cámara digital. Tenía la prueba de la existencia de Pessoa justo frente a mí. Cuando intenté encenderla, en la pequeña pantalla apareció el icono siniestro de la batería muerta. Recordé que nadie puede fotografiar a un fantasma. Cuando levanté la vista me encontré con que Pessoa estaba acompañado. Una mujer ataviada a la usanza de los años treinta: sombrero, guantes de gamuza, zapatos de moño, estaba sentada junto al poeta. No tardé en reconocerla: era Ophélia Queiroz, la mujer con quien el poeta sostuvo una especie de romance a distancia. Permanecieron callados frente a sus vasos de vino verde. Luego se levantaron y salieron del brazo. No bebieron nada, como ocurre con los seres que se han evadido de la muerte.



Fernando Pessoa



Ophélia Queiroz

Los seguí calle arriba por la zona del *Chiado*. Caminaban del brazo, lentamente, como novios de antaño. El ruido de sus voces era casi imperceptible, lejano, pero era evidente que reían y charlaban animadamente. Ya había anochecido cuando llegamos a la *Rua Garret*. Ahí comprobé que este tipo de experiencias suelen contener extrañas simetrías y complicidades: el corazón me dio un vuelco cuando los vi entrar en el Hotel Borges. Vinieron a mi mente estos versos de Pessoa:

*El amor es lo que es esencial.
El sexo es sólo un accidente.
Puede ser igual
o diferente.
El hombre no es un animal:
aunque a veces doliente,
también es carne inteligente.*

Pensé que lo que es secreto debe quedarse siempre en el misterio. Me senté en una cafetería de la plaza Luís de Camões a mirar la noche. Comprobé que mi cámara ya servía y tomé una instantánea del hotel Borges. Algunos vasos de oporto y un desasosiego inexplicable me acompañaron aquella noche.

Andrés Silverman
Febrero de 2006

EL DUENDE

Los dos primeros relatos que publiqué en mi vida los acogió la vieja *Revista de la Universidad de México*, así que al cabo de los años siento este espacio como mi casa, la casa familiar. Curiosamente uno de aquellos textos hablaba de la sala de mi abuela con los objetos que la rodearon, con el tiempo ahí sujeto.

En el texto que acaba de aparecer en el número de febrero escribo sobre asuntos de otras dos familias, la de los aqueos y la de los troyanos. Por eso le puse un subtítulo a *El papel de los personajes de papel*: “Tres historias de familia y un embaucador”. Pero el duende que habita por ahí quiso jugar conmigo ocultándolo.

Entonces me llené de un asombro infantil como el del personaje del libro que ofrece datos sobre mis publicaciones: *Renata y su gato*. Se trata de un cuento para niños

muy pequeños y que surge con el nacimiento de mi nieta Renata. ¡Vaya!, me dije, todo queda en familia, aunque ni los niños lectores, incluyendo a mi nieta, vayan a leer, por lo pronto, esas páginas sangrientas, desencantadas de este tiempo aciago nuestro.

Pero el duende prosiguió su juego quitando y poniendo cosas. Le quitó la “n” a Agamemnon. Bueno, es más fácil de decir, razoné. ¿Para qué complicar lo que puede pronunciarse sin que se retuerza la lengua? Quise comentárselo al ladronzuelo, pero éste estaba bien escondido entre la tinta.

Y, así, perfectamente oculto, siguió con sus travesuras, y yo con mi azoro. Porque otro miembro de la familia —de la familia de los afectos— tampoco hizo acto de presencia en mi trabajo. Fue el rey de la fuerza huracanada, José Antonio Alcaraz, quien me alentó hace muchos, muchos años a escribir sobre ciertos personajes de la tragedia griega. Y lo hizo, al caer en sus manos

otro número de esta entrañable revista que reproducía un poema mío con ese tema. Incluso, José Antonio me ofreció componer unos poemas sinfónicos basados en aquello en lo que yo he trabajado desde hace un tiempo muy largo. A él la vida no le alcanzó para hacerlos; sin embargo mi gratitud me condujo a dedicar el texto a su memoria.

Pero el duende volvió con sus tretas, el nombre de Alcaraz no apareció en la dedicatoria.

Estoy segura de que algún día voy a encontrar al geniecillo y prometo preguntarle qué lo llevó a tomarme el pelo de esa manera.

Por lo pronto, todo queda en familia; ahora que si me remonto hasta Casandra, la genealogía inundará la casa. Y no deseo que se ahogue el duende. **U**

Aline Pettersson
Febrero de 2006

